

IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2011.

Montoneros y padres. Hombres y mujeres nuevos en géneros viejos.

Prado, Eva.

Cita:

Prado, Eva (2011). *Montoneros y padres. Hombres y mujeres nuevos en géneros viejos. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/92>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Título: Montoneros y padres. Hombres y mujeres nuevos, en géneros viejos

Nombre y Apellido: Eva Prado

Referencia Institucional: Completó sus estudios de Licenciatura en Sociología en la Universidad de Buenos Aires en 2010. Actualmente se encuentra cursando la Maestría en Investigación Histórica de la Universidad de San Andrés.

e-mail: eprado73@gmail.com

Resumen: La década del `70 en la historia argentina se caracteriza por los abruptos cambios de estructuras, usos, sentidos y costumbres. Entre otras cosas, las organizaciones político militares revolucionaron sus relaciones familiares en diversos aspectos. En el caso de Montoneros se dio la tendencia general de compartir la militancia y la maternidad y paternidad, la pregunta central es ¿cuáles fueron las características que tuvieron los roles materno y paterno en consonancia con esta experiencia?

¿Cuáles fueron los mandatos sociales que se intentaron romper?, ¿con qué éxito se hizo esto?. ¿Lograron en igual medida hombres y mujeres llevar a cabo las transformaciones que se proponían en materia de relaciones de género?, ¿cuáles fueron las dificultades que se les interpusieron en esa empresa?

Veremos cómo los y las militantes de Montoneros actuaron en función de construir un hombre nuevo. Podemos afirmar que en esta organización, donde muchos eran padres y madres, jóvenes mayormente, se experimentó en la mayoría de los casos una novedosa organización social al interior de los núcleos familiares y en la organización en general. Supieron establecer condiciones más igualitarias para todos, pusieron en marcha roles más equitativos para los miembros de la pareja, también en relación a las responsabilidades que sus hijos demandaban. La igualdad de género y las relaciones equitativas se vivieron de forma exponencial, pero aún así, en la disolución del grupo, los sujetos volvieron a sus hábitos más tradicionales, ¿por qué?.

Palabras clave: militancia, maternidad, Montoneros, género, hombre nuevo

MONTONEROS Y PADRES. HOMBRES Y MUJERES NUEVOS, EN GÉNEROS VIEJOS

Antecedentes y objeto

Mucho se ha escrito sobre las experiencias de las organizaciones político-militares de los años `60 y `70, sobre la militancia, la opción por las armas, las duras vivencias de muchos durante la dictadura (desaparición, tortura, exilio, etc); pero existen aun hoy interrogantes no explorados en relación a la vida cotidiana de los militantes.

La presente exposición es producto de un trabajo de investigación, e intenta responder a un aspecto puntual de esa cuestión: el rol paterno y el rol materno entre los miembros de Montoneros, y las diferencias de género en relación a este tema.

¿Cómo se configuraba ese rol?, ¿cuál era la responsabilidad de los y las militantes respecto de sus hijos?, ¿existía una legítima diferenciación de género a este

respecto?, y, en relación a las propuestas de “nueva conciencia” y del “hombre nuevo” que desde esta organización se proponían, ¿qué lugar ocupaba la responsabilidad parental?

Aquí me propongo específicamente ahondar en la responsabilidad parental entre los militantes de Montoneros, según su condición de género, a partir de la importancia y lugar que le otorgaba la organización a esta cuestión.

Un comentario realizado por un militante de Montoneros, durante una entrevista tomada en Julio de 2008 en relación a la postergación de la maternidad y paternidad de muchos militantes -idea que luego reapareció en lecturas sobre la temática- ha llamado poderosamente mi atención. Este hecho (la postergación de la ampliación de la familia) despertó mi interés al tener en cuenta varios factores, entre los cuales podría destacar dos:

-la gran mayoría de los militantes de las organizaciones político militares eran jóvenes, es decir que se encontraban en el rango etario biológica y socialmente definidos para la procreación.

-el proyecto que proponían, defendían y que fundamentaba la militancia, era muchas veces enunciado como para los “hijos”, si bien en términos genéricos, o sea no sólo los hijos propios, sino también los de sus compañeros, los de esa generación, los de la sociedad en general, y aún los de las generaciones futuras en su conjunto.

En ciertos textos, particularmente en aquellos que recuperan la voz de los protagonistas en primera persona, suele aparecer la cuestión de los hijos, las relaciones de pareja y otros tópicos relativos a la temática que aquí me convoca. Éstos relatan en general experiencias personales, pero que pueden leerse como indicadores de una experiencia colectiva. Son las vivencias de una sector social o parte de una generación que tuvo un papel central en el desarrollo de la historia de nuestro país por su activismo y su puesta en marcha, con el cuerpo y las ideas, de un proyecto socio-político, que puede explicarse, aunque solo en parte por el clima de época de la región y el mundo.

Por otro lado, despierta mi interés, el proyecto de construcción de una nueva conciencia, investida muchas veces en la idea del “hombre nuevo”, como propuesta que pretendía transformar las relaciones sociales, entre las que me enfocaré en las de pareja, y más específicamente en lo que respecta a los roles de madre y padre respecto de la responsabilidad sobre los hijos.

Por último, vale destacar que la igualdad y la equidad fueron banderas del peronismo en general y de las organizaciones político-militares peronistas en particular, pero: a niveles “domésticos”, en la cotidianeidad del hogar y la pareja, ¿qué tan igualitarios y equitativos se proponían e intentaban ser los militantes de Montoneros?, ¿cuán equitativas e igualitarias eran las relaciones de género que construía y sostenía esta organización?

La familia Montonera y los hijos

Las organizaciones armadas de los `70 revolucionaron, entre otras cosas, las relaciones familiares en diversos aspectos. El trabajo de investigación al que he hecho referencia me ha permitido, a partir del trabajo con testimonios y otras fuentes, vislumbrar las propuestas revolucionarias que en el seno de esta

organización tuvieron lugar, cuales pudieron plasmarse en prácticas concretas y cual fue el destino que esos cambios tuvieron transcurridos los años.

Al intentar dilucidar como se conformaban, entre los militantes de Montoneros, los roles paterno y materno, encontré necesario preguntarme sobre como llegaron a ser padres, por ende, uno de los puntos indagados fue la cuestión de la decisión de asumir la maternidad y la paternidad y el método anticonceptivo utilizado hasta tomar esa decisión.

Ante todo, debe aclararse que las distintas organizaciones compartieron aspectos éticos, ideológicos y morales; aun así, cada una tuvo sus particularidades. En el caso de las relaciones familiares y los roles materno y paterno, existieron distintas posturas acerca de la procreación en medio del clima reinante. En Montoneros, no hubo una postura única sobre el tener o no hijos conjuntamente con la militancia. La cuestión varió según el contexto y los subgrupos. En muchos casos, como no se estableció un mandato al respecto, los militantes debieron según sus propios criterios, adoptaron diversas decisiones. De todas formas, se puede afirmar que en general –y en contraposición con otras organizaciones- los militantes de Montoneros conjugaron paternidad y maternidad con la práctica militante.

Veremos que sobre este tema, como sobre otros, distintos grupos o espacios de la misma organización tuvieron distintas posturas, y que también éstas variaron en el tiempo. Algunos de los testimonios de los militantes dan cuenta de que existió “un debate previo en las organizaciones armadas, sobre si nosotros debíamos tener hijos o no”, como menciona Graciela Iturraspe, y agrega que “en ese momento mi pareja y yo adscribíamos a la idea de que sí, que nosotros éramos parte de nuestro pueblo y debíamos tener hijos como cualquiera si queríamos tenerlos, y que eso no podía ser un obstáculo.” (Iturraspe, 2007/2008).

Por otro lado, el contexto, tan cambiante en esos años, influenció de diferentes formas la decisión acerca de la procreación, encontramos así testimonios como el de Graciela “Vicky” Daleo, quien afirman que “El tema de los hijos entre nosotros se hablaba, y sobre todo en la primera etapa (...). El planteo era no tener pibes en esos tiempos, (...) la idea era dejarlo para después, cuando hubiera triunfado la revolución. Ya en los `70 eso fue cambiando, y hablábamos del tema poniendo como modelo a los vietnamitas, pensando que en una “guerra popular y prolongada” los hijos serían quienes tomarían la posta.” (Diana, 1996: 273).

En todos los testimonios resalta el rol de la organización acerca de cuestiones que hoy en día consideraríamos muy personales, como cuando Ana Soffiantini, en la película *Norma Arrostito, La Gaby*, menciona con naturalidad que “Nuestra vida como militantes era dura, no nos concedíamos muchas, muchas situaciones “liberales” como decíamos. Hasta tener hijos no era una decisión individual. Cuando yo decido tener a mi segundo hijo, consultamos en la *orga* para ver si era posible en esa situación de riesgo que vivíamos, de seguridad, tener otro hijo. Y bueno, todo se consultaba.”.

De similar modo, el testimonio de Teresa Meschiatti (“Tina”) permite ver las consecuencias derivadas de una de esas posturas:

“Yo formaba parte de ese grupo de gente que pensaba que no había que tenerlos, aunque el pueblo tenía hijos y hubo compañeros que en esa primera etapa también los tuvieron. [...] Para militar como militaba, tenía que tener una concepción muy

dura que era no tener hijos. Eso me significó siete abortos. [...] cuando decidí tener un hijo también decidí parar para dedicarle a mi hijo un tiempo [...] Durante los cinco primeros meses me ocupé de mi hijo y después intenté hacer una militancia de “medio tiempo” para tratar de conservar ese rol de madre. [...] El punto máximo de conflicto para la condición femenina creo que es el tema de los hijos. [...] Yo al principio los aborté, pero cuando decidí aceptar el embarazo, de militante full time pasé a ser mamá full time en sus primeros meses. [...] No hubo una respuesta única para este dilema y tampoco la hubo desde la organización.” (Diana, 1996: 48).

Queda en evidencia que como se mencionó, aún dentro de la misma organización hubo distintas posturas, y que las circunstancias de cada etapa influyeron en ellas. La última cita nos introduce en la segunda cuestión planteada al inicio, el uso de un método anticonceptivo en los casos en que no se planeaba tener hijos, y más aún en aquellos que decidían posponer o evitar tenerlos.

En la mayoría de los casos, el conocimiento sobre métodos anticonceptivos era prácticamente nulo. Aún cuando se fomentó la postergación de la procreación, se desconoce que se haya adoptado una política de educación en salud reproductiva. Sí, en algunos casos, se criticó el “no haberse cuidado”, pero no se daban directivas de cómo hacerlo. La excepción de esto último se encuentra en el contexto de entrenamiento militar realizado en el exterior, en aras de la Contraofensiva.

Susana Brardinelli generaliza sobre la cuestión afirmando que “no hubo control de la natalidad en Montoneros. No, al contrario, ahí decían mejor cuanto mas chicos para continuar la lucha, esa era la mentalidad.” (Brardinelli, 2005).

El caso de Cristina Muro es otro, ella asegura que “no habíamos tenido un hijo por casualidad, nosotros en esa época que se empezaba a cuidar, que estaba todo lo que era la anticoncepción, nosotros habíamos decidido no cuidarnos porque queríamos tener un hijo, en algún momento iba a llegar, y así fue como yo tuve a mi primer hijo. [...] yo vuelvo a quedar embarazada y en ese momento dentro de lo que era la organización Montoneros, [...] empiezan a darse una cantidad de embarazos de una manera impresionante, y como una decisión política se plantea la organización que no había que tener esos hijos porque estaban en plena guerra, plena batalla, [...] nosotros en ese momento estábamos muy convencidos de que el momento era muy duro, las cosas que pasaban eran muy muy duras y muy terribles, pero que queríamos tener hijos, que era una manera de aferrarnos a la vida, ya empezaba la muerte alrededor nuestro, [...] estadísticamente dentro de el registro civil en el `77 y `78 nace la mayor cantidad de pibes en la Argentina, o sea que no es casual [...] la gran mayoría de los militantes tuvieron muchos hijos en esos años.” (Muro, 2002).

Nuevamente, son evidentes las disímiles posturas y experiencias, y las diferencias en cada etapa, pero podemos dar cuenta a partir de ellas, que si bien en algún momento desde la organización existió un interés particular en posponer la maternidad y paternidad, esa intención no se vio respaldada con una propuesta educativa sobre la cuestión de la salud reproductiva, no hubo siquiera divulgación sobre las posibilidades que en ese momento ya existían para evitar embarazos no deseados. De alguna forma, el tema quedaba librado al azar: quienes tenían la información podían decidir, quienes no no.

A.R., en una entrevista personal, arroja su teoría explicativa al respecto, “Nosotros discutíamos todo, en realidad vos tenías que someter a discusión todas tus cuestiones, todas las cuestiones políticas y personales, incluso las de tener hijos, en donde vivir, como vivir, si veías o no veías a tu familia..., o sea, discutirlo se discutía todo, pero vos no te olvides que [...] ideológicamente adentro, tiene un origen católico muy fuerte. Abal Medina y todos, vienen de los grupos católicos, y esas cosas quedan, a pesar de que haya habido un montón de tiempo de por medio, y que las cosas hayan... Yo creo que esas cosas quedan, entonces, nunca, en última instancia, sí se pedía que se planificara el tema de los hijos, pero después por ejemplo, quedo embarazada de mi tercer hija y el jefe máximo en esa parte de la organización me dice ‘uy lo hubiera planificado, se hubieran cuidado’”.

Entonces, como con el acceso a la información, había un poco de azar, en este caso en relación a quienes fueran los nexos y los responsables de cada militante, sin existir una postura orgánica sobre este tema. Solo en un contexto muy particular aparece la decisión taxativa de la organización, y a partir de ese momento la organización adopta medidas para sostener esa decisión. Así, en una entrevista personal, lo recuerda M.C.C.:

“Porque mientras vos estabas en la cuestión militar, desde que fuimos a Siria hasta que volvimos, estaba prohibido quedar embarazada, tener hijos, así que o... te daban profilácticos en esa época, no te daban otra opción”.

Entonces, la ascesis católica¹ del grupo fundacional de Montoneros puede ser una de las variables que permitan una explicación sobre la falta de control de la natalidad, aunque –como todo hecho social- debemos asumir que el fenómeno es multivariable. Otras tendencias que responderían a esta situación se enmarcan en el mandato social de procrear, y de hacerlo a cierta edad, que pesaba sobre los militantes; también en el sentimiento de dar vida en un contexto de muerte, como forma de contrarrestar ésta; y al mismo tiempo, en función de asumir un proceso a largo plazo, los hijos significaron en algunos casos, una garantía de continuidad del proyecto emprendido.

Rebelarse a los mandatos sociales

Más allá de la postura que la organización tenía y de las decisiones personales, más allá de la información con que cada uno contase en función de sus relaciones y contactos en aquel momento, existía –y persiste aún hoy- un “**mandato social**” por el cual se supone que todos debemos tener hijos. Y este, sin dudas, no es el único mandato que la sociedad tenía acerca de las parejas, los jóvenes y los géneros y sus relaciones. Las relaciones sexuales prematrimoniales y el casamiento era sin duda parte de estos, y reaparecen recurrentemente en los testimonios de los militantes, incluso en anécdotas que revisten un carácter un tanto irrisorio cuando se las enmarca en el contexto de peligro y persecución que vivían pero ante las cuales los padres seguían esperando, y a veces, exigiendo bodas, vestidos blancos y la pompa tradicional en una circunstancia donde todo el resto tenía un carácter excepcional.

¹ Ver: Donatello, L. M. (2010). *Catolicismo y Montoneros. Religión, política y desencanto*. Buenos Aires: Ed. Manantial. Págs. 99-116

Debe reconocerse un especial afán, principalmente entre las mujeres, por romper con ciertos mandatos sociales, con énfasis particular en aquellos que referían a la familia y los roles de género, los comportamientos femeninos esperados y los espacios socialmente habilitados a las mujeres. Pero, en ciertas circunstancias, por razones de seguridad y buscando la “mimetización” con el entorno, debieron, aun contra su proyecto e ideología, reproducir estereotipos sociales, especialmente en cuanto a relaciones de género y cuestiones domésticas.

Aún así, esta generación fue transgrediendo estos y otros mandatos, rebelándose contra ellos en ese intento de “cambiar ciertas cosas”. Desde cuestiones relativas a la tradición cultural y confesional de nuestra sociedad, como las antes mencionadas, hasta aspectos que podrían considerarse más banales pero también muy simbólicos como la transgresión en la vestimenta y el *look* en general, y cuestiones estructurales como plantea Pilar Calveiro en una entrevista cuando afirma que: “tratábamos de encontrar un lugar nuevo como mujeres, rechazando la distribución de roles masculino y femenino vigente, y penetrando, en consecuencia, en ámbitos y prácticas considerados masculinos. El intento de reformular el lugar de la mujer no fue tarea fácil, [...] lo estructurábamos desde el discurso de la “igualdad” con el hombre, es decir de ocupar los mismos espacios, con derechos y obligaciones idénticos [...], considerábamos que las relaciones de poder entre los sexos (no usábamos la categoría género) eran una “contradicción menor”, que se resolvería, casi mágicamente, en esa sociedad nueva que pensábamos construir.” (Amado, 2006)

Entonces, el cambio parece ser una cuestión histórico-generacional, que fue acompañado por el clima político de la época, dando lugar a la aceleración de las transformaciones en lo que respecta a los espacios permitidos a las mujeres, los comportamientos y actividades asociados al género, y los mandatos sociales que se intentaban imponer. En muchos casos estas jóvenes opusieron resistencia, sea por decisión o necesidad, se rebelaron a cuestiones de larga data, muy arraigadas en el imaginario social, que conformaban en base a representaciones sociales el modelo de mujer argentina y el comportamiento que éstas debían tener.

En definitiva, en esta etapa las mujeres salen del hogar, de ese lugar que socialmente se les ha asignado, y asumen un rol público que resulta llamativo. La participación en acciones políticas armadas trastoca las identidades y la configuración social del rol también se ve afectada. Esto no significa que se les reconozca a las mujeres un papel igual al del hombre, debemos tener bien presente que comportamientos y concepciones sociales de tan larga data no se modifican de un día para el otro, pero sí podemos decir que la experiencia que aquí se analiza afectó poderosamente el imaginario social, poniendo en cuestión mandatos y estereotipos naturalizados, ya que estas novedosas experiencias y manifestaciones necesariamente intranquilizan a la sociedad, como señala Rubén Dri. Las mujeres se vieron obligadas a abandonar ciertas rutinas, al mismo tiempo los hombres sienten que pierden ciertos privilegios y las mujeres no terminan de encontrar su nueva ubicación. Todo esto es intranquilizador, pero al mismo tiempo es muy positivo, ya que aboga a la liberación de hombres y mujeres, que pretenden entablar diálogos en condiciones de igualdad, creando condiciones más propicias para una realización humana más ricas. (Diana, 1996: 401).

Cuestiones de género

Mencionamos hasta aquí las ansias de aquellas mujeres por abandonar el rol socialmente asignado, y algunas de las dificultades que debieron enfrentar para hacerlo. Debemos entonces introducirnos en las **diferencias que se establecían dentro de Montoneros**, más allá de la división de género socialmente construida y sostenida. En este sentido, son muchos los testimonios que sostienen que hombres y mujeres militaban en pie de igualdad, incluso con cierta paridad en la representación. Pero hay quienes pese a sostener esa idea, le ponen un límite a lo positivo de esa igualdad, como M.C.C. cuando dice que “creo que muchas veces no, no se le dio importancia en lo militar, digo no es lo mismo que un varón dispere un FAL que que una mujer, por una cuestión de contextura física... se le exigía lo mismo a las mujeres que a los varones...”.

Y hay otros que respaldan esta idea, al tener presente las innegables diferencias biológica y socialmente determinadas entre hombres y mujeres:

“Lo militar no te remite sólo a la fortaleza o la debilidad, sino a esa habilidad básica que los hombres aprenden desde chicos [...]. Sin ir más lejos las armas, por ejemplo, están hechas a la medida de los cuerpos masculinos. Eso sería lo más elemental, pero también hay otros aspectos [...] que están socialmente más desarrollados en los varones. De manera que lo militar implicaba una presión mucho mayor para nosotras. [...] Desde la lógica “igualadora”, que mencioné antes, se pretendía que las mujeres fuéramos buenas militantes y, por lo mismo, buenas combatientes, pero partíamos de condiciones tan desiguales que, de manera “natural” tendieron a destacar a los hombres, en particular los mas “fierros”.” (Amado, 2006).

Entonces, podemos afirmar que en general existió una igualdad de género, incluso al nivel de olvidar las diferencias biológicas que distinguen a hombres y mujeres, más allá de lo que social e históricamente se ha construido.

Por supuesto que debemos aclarar que esa construcción que dio lugar a roles que instaurados, y aun institucionalizados, y que fomentaron el imaginario y un conjunto de representaciones sociales que moldearon las subjetividades, en algunos casos particulares, no pudieron abandonarse –tanto por hombres como por mujeres-. Y aún más, hay quienes visualizan el machismo como característica de la organización, más allá de los casos particulares, e incluso quienes reconocen cierta igualdad, suelen marcar una diferencia de género en lo que respecta a las jerarquías, los cargos y rangos. Para cerrar esta cuestión, Rubén Dri resume varios de los puntos arriba tratado y nos aporta una reflexión:

“Las mujeres, o sea, las compañeras, formaban parte de la organización político-militar en un pie de igualdad. Esto era sostenido firmemente, en teoría, por todas las organizaciones armadas y había intención de cumplirlo. Pero en la práctica se puede decir que eso no se cumplía y no podía cumplirse. Ninguna organización revolucionaria en el mundo entero ha podido realizar ese ideal. No podía ser de otro modo, en la medida en que por más revolucionaria que sea una organización, está enmarcada en una sociedad cuyas reglas de comportamiento han sido hondamente introyectadas por los militantes. Sólo en un largo proceso pueden quebrantarse esas reglas y pueden suplantarse por otras. Pueden hacerse exteriormente, pero el verdadero comportamiento humano, social, político interiorizado requiere un largo tiempo para su transformación.” (Diana, 1996: 399).

En sintonía con lo expuesto por el teólogo hace algunos años, Osvaldo Bayer recuerda las apasionadas palabras de Rodolfo Walsh hace algunas décadas, que en

cierta medida pronosticaba el sostenimiento de la desigualdad y perpetuación del sometimiento de hombres a mujeres:

“ellas creen en la revolución igual que nosotros, exigen un plano de igualdad, discuten las ideas, traen nuevas ideas, son firmes, valientes, trabajadoras. ¿Por qué negarles un papel protagónico? A pesar de la maternidad, de la carga del hijo, a pesar de que saben que en muy pocos casos llegarán a ocupar un cargo importante en horas del triunfo, porque son conscientes que el hombre las va a usar permanentemente, ellas siguen firmes. No, no es eso, la mujer todos los días está haciendo la revolución dentro de la revolución, exigiendo –sin empujar- un papel protagónico en la primera línea. Participa del peligro, por puro idealismo, sin cálculo”. (Diana, 1996: 390).

Las palabras del periodista asesinado y desaparecido durante la última dictadura militar, nos invitan a pensar sobre la **construcción que se daba en Montoneros sobre los roles materno y paterno** y sobre la **responsabilidad que sobre sus hijos tenían los militantes**, según su condición de género. El primer punto será tratado más adelante con mayor profundidad, a partir del análisis de publicaciones y documentos de la organización, pero creo que el testimonio de Pilar Calveiro, recoge algunos de los puntos analizados previamente, y nos permite entrar en los dos que aquí mencioné:

“Desde una apreciación general, creo que logramos establecer relaciones de pareja más equitativas, [...] transformando los roles tradicionales de la paternidad y maternidad con una mayor participación de las mujeres en la provisión de sustento y de los hombres en el cuidado de los niños, en fin, creamos relaciones familiares más parejas y, desde mi punto de vista, más amorosas. Sin duda estas modificaciones han implicado costos. Entiendo que los varones, sin perder su posición predominante, sin embargo vieron mermada su autoridad. Las mujeres pagamos el costo de una mayor libertad: aparentemente perdimos seguridad y quedamos mucho más libradas a nuestra suerte, aunque eso probablemente sea una ganancia más que un costo. Mujeres y hombres ampliamos nuestros roles asumiendo parte de lo socialmente atribuido al otro género pero creo que nosotras hicimos una transformación mucho más profunda que ellos. En general, salimos de nuestro rol tradicional de madres para adentrarnos en el lugar de “compañeras” de trabajo, de reflexión, de militancia, con las responsabilidades y riesgos que ello supuso; nos incorporamos a la política y nos hicimos autosuficientes en términos económicos. Sin embargo, los varones tuvieron más dificultad para hacerse cargo de los hijos cuando faltaron sus compañeras, por ejemplo, y en muchos casos delegaron esta responsabilidad en otras mujeres”. (Amado, 2006).

Por lo visto anteriormente, y sintetizado en el comentario arriba citado, la equidad y la igualdad de género se intentó, en algunos casos se logró practicar, muchas veces los mandatos sociales, los usos y costumbres fueron más fuertes.

En algunos casos se vivió la responsabilidad respecto de los hijos sin que el género interviniera, una de las tantas que lo menciona es M.C.C. en la entrevista que le tomara en 2010:

“era lo mismo un varón que una mujer, (...) al que le tocaba le tocaba, se quedaba con los chicos se quedaba con los chicos.”.

En algunos casos, no solo padre y madre se hacían cargo del cuidado de los niños, sino que otros compañeros, generalmente mujeres, pero también hombres, bajo esta costumbre de “socializar”, podían asumir la responsabilidad de cuidar a hijos ajenos.

Es destacable que aquellos que relativizan la igualdad o que reconocen deficiencias sobre esta cuestión resaltan la intención que subyacía e incluso recuerdan las situaciones donde se alcanzó, así más no sea por no existir otro recurso, como en el siguiente fragmento:

“No niego que en las organizaciones haya habido machismo. Erradicarlo fue justamente la tarea que intentamos dentro del nuevo estilo de relaciones que planteamos entre un hombre y una mujer nuevos. Existía una voluntad expresa de considerar igual a la mujer. Lo que pasa es que hay una cuestión con los hijos que es un tema muy difícil de resolver, y tampoco nosotros lo hicimos. Dada la relación entre el hijo y la madre parece que por ley y derecho a ella le corresponde casi todo, y es lo que pasaba realmente. Sin embargo, cuando había mujeres que caían presas, sus compañeros se quedaban con los hijos y asumían todo el cuidado.” (Diana, 1996: 117-118).

Así, en situaciones extremas, hubo casos donde incluso se invirtieron los papeles, y las circunstancias hicieron que de ser mayormente responsables las madres tuvieran que pasar a serlo los padres.

Podemos, hasta aquí, ver como ciertos comportamientos tradicionales lograron ser modificados, al menos en cierto grado, manteniendo siempre un peso mayor para las mujeres, pese a los avances alcanzados en pos de la igualdad.

Las casas compañeras fortines montoneros, ¿y las responsabilidades de las casas?

A la responsabilidad de madres y padres sobre sus hijos podemos agregar el resto de las **responsabilidades que implica un hogar** a fin de reconstruir con otros aspectos el tipo de relaciones que según género establecían y sostenían los militantes de Montoneros. Si bien, según se recuerda, hubo casos de poca equidad respecto de cuestiones domésticas como la cocina y la limpieza, hay otros en que se recuerda lo contrario, como M.C.C. cuando afirma que:

“a la mañana te levantabas, y hacíamos un papelito que, uno cocinaba, otro limpiaba, otro... o sea ordenábamos todo en función de lo que había que hacer, y eso lo hacían tanto varones como mujeres. [...] en el ámbito donde estaban en la parte militar sí, en el resto no lo sé. [...] Lo vivíamos con naturalidad, por que no había, ni había una oposición de que... o sea todo lo hacíamos a medias, entre todos digo. Uno estaba luchando por el hombre nuevo y nosotros éramos parte de eso, con lo cual eh... bueno, uno hacía estas cosas, no como un peso sino como lo que se suponía que estábamos luchando para ser... entonces era de hombre nuevo cambiar pañales o hacer una operación militar, estaba todo dentro de lo mismo.”

De esta manera, el proyecto y la ideología que sostenían y proponían parece haber favorecido la equidad, aun entre quienes tienen un recuerdo menos taxativo que el anterior, por ejemplo A.R. quien, en nuestra entrevista de 2010, sostiene que:

“era muy indistinto, por que digamos, el rol de la mujer, como mujer, igual no se perdía por que fueras militante. Por supuesto que había una actitud más consciente por parte de los varones en cuanto a compartir las cosas de la casa, pero era más una cuestión ideológica que convencimiento, no quedar mal ideológicamente. Esa es mi impresión. Una de las parejas con la que nosotros vivíamos, eran unos compañeros que, no me acuerdo si eran de Tucumán, o de Santiago, y él era bastante machista en ese sentido. [...] *(recuerda una anécdota de cuando estaban exiliados en Brasil)* Yo tenía que venir, me designan a mí para venir, y mi nena más

chica tenía meses. Tres chicos,... bueno, la cosa es que cuando yo me estoy por venir me entero que las compañeras que formaban el ámbito, ya habían organizado todo, habían armado quién le iba a ayudar, quién le iba a comprar la leche, quién le iba a tener los nenes, a mi marido. Yo armé un escándalo,... si yo me la banco sola cuando él tiene que viajar o no está, él en la organización siempre fue mas importante que yo yo siempre fui un pichi, él fue un tipo importante... entonces, o sea, qué te puedo decir, no hay ideología que salve de una cosa histórica y cultural, y eso que él era bastante, bastante estricto en todo esto de lo que eran las cosas personales y se ocupaba muchísimo, y todo lo demás, pero bueno, bancar 3 chicos, no sé si esto un hombre lo podía hacer...”

Dificultades de la igualdad y las diferencias como estrategias

En determinadas circunstancias, las costumbres y mandatos sociales a veces jugaban en contra de lo que se pretendía cambiar desde la nueva subjetividad que los militantes intentaban construir y las relaciones de género que intentaban establecer, especialmente cuando, para no llamar la atención –por motivos de seguridad-, los militantes debieron camuflarse con el entorno:

“La condición de clandestinidad hacía que trataras de moverte, dentro del barrio en el que vivías, como una familia “normal”, que no debía llamar la atención. Esto implicaba el mantenimiento de los roles masculinos y femeninos tradicionales, de manera que, por lo regular, para los movimientos cotidianos, los hombres salían “a trabajar” a horas fijas y las mujeres quedábamos al cuidado de los niños [...]. Esta atribución tradicional de funciones fue incorporada rápidamente porque también nosotros tendíamos a reproducirla. Lo cierto es que, a lo largo de la militancia, si bien los hombres se hacían cargo de parte del cuidado de los niños de la puerta de la casa para adentro, el fuerte de la atención de los hijos recayó en las mujeres. [...] Era bastante común que el hombre debiera viajar o cumplir tareas de militancia que lo obligaban a permanecer fuera por períodos relativamente largos en los que la mujer quedaba a cargo de todo. [...] para sostener la vida familiar, las mujeres debíamos resolver con frecuencia, en la más absoluta soledad, situaciones difíciles sin contar con la pareja ni con la contención afectiva y material de las redes familiares amplias. También hay que decir que [...] la situación de peligro, compartida por toda la familia, resultaba una carga pero también daba lugar a relaciones amorosas muy fuertes y de una solidaridad fuera de lo común entre los miembros de la pareja, entre padres e hijos, entre hermanos.” (Amado, 2006).

En ciertas circunstancias, los estereotipos del imaginario social sirvieron como herramienta y las diferencias de género se explotaron estratégicamente. Por ejemplo, una apariencia femenina “corriente” brindaba cobertura en operativos o acciones. Sin duda, esta ventaja no contrarresta las desventajas sociales que se les imponían. Seguramente en función de esta idea es que, entre otras normas de seguridad y funcionamiento, documento internos de la organización establecen que: “Las cras. deben cuidar la femeneidad arreglarse vestir a la moda etc” (Circular N°1 del C.T.N.E).

Es de suponer también que esta normativa responde a la propuesta que aplicaba a todos militantes de intentar “pasar desapercibidos” o confundirse con el entorno, tanto desde su conducta, su forma de vida, como desde su aspecto.

En otras ocasiones, como se vio, aun bajo circunstancias propicias para romper con aquellos mandatos que se contraponían a la ideología de la organización y, fundamentalmente, a su propuesta de sociedad y vida, enmarcados en la idea del

Hombre Nuevo, pese a los avances logrados y a pesar de los nuevos comportamientos practicados, los militantes de Montoneros, no pudieron escapar de los roles configurados social e históricamente, contribuyendo a la reproducción de las mismas prácticas criticadas, especialmente en las relaciones de género y -mayormente- en cuestiones domésticas. Así, esto se dio con la responsabilidad que la paternidad suponía de forma diferencial a lo que se esperaba del rol materno, limitando a las compañeras en muchos casos, como sujetos en general y como militantes en particular, relegándolas y sobrecargándolas.

Sin duda, las mujeres en mayor medida que los hombres pudieron romper los moldes sociales impuesto según género. Claro, para ellos era más cómodo el mantenimiento del orden vigente porque, a nivel individual, se supone que en la asimétrica relación de género que socialmente se establece y promueve, son ellas quienes tienen un lugar subordinado y de mayor explotación y menor libertad, inclinando la balanza a favor de los hombres. Entonces, las mujeres modificaron o actualizaron a su circunstancia social y política el rol femenino, tomando de arrebató espacios históricamente masculinos, asumiendo comportamientos y responsabilidades tradicionalmente reservadas a los hombres, pero, en general, esto supuso un agregado a las responsabilidades corrientes de las mujeres, que no fueron socializadas por los hombres.

Reconstruyendo al hombre nuevo

En primer lugar, vale decir que esta propuesta de construcción del hombre es una idea amplia y bastante abstracta. No existe una definición, ni una caracterización detallada del sujeto al que hace referencia. Podemos sí, rastrear su contenido a partir de sus usos más divulgados. Varios autores coinciden en que *El socialismo y el hombre en Cuba* del Che Guevara es “el verdadero manifiesto sobre el hombre nuevo”. (Guilli y Vázquez, 2002). En este texto, que el Che dirige a Carlos Quijano, del Semanario Marcha de Montevideo, destaca el rol cumplido por todos los individuos en la revolución cubana y el papel que los dirigentes les otorgaron; y señala “en la actitud de nuestros combatientes se vislumbra al hombre del futuro” y añade “encontrar la fórmula para perpetuar en la vida cotidiana esa actitud heroica, es una de nuestras tareas fundamentales desde el punto de vista ideológico”. A partir de aquí podemos comenzar por indicar que, al menos al momento en que esto se escribió, el Hombre Nuevo es una construcción simbólica, un horizonte al que se aspira, y que como, puntualmente señala el Che, “el hombre del siglo XXI es el que debemos crear, aunque todavía es una aspiración subjetiva y no sistematizada”. Aclara así una vez más que hay que “reconocer su cualidad de no hecho, de producto no acabado”, y se propone definir a ese individuo que comienza caracterizando como actor de la construcción del socialismo. Las taras del pasado, afirma el Che, permanecen en las conciencias individuales de su presente, por lo que propone “hacer un trabajo continuo para erradicarlas. El proceso es doble, por un lado actúa la sociedad en su educación directa e indirecta, por otro el individuo se somete a un proceso consciente de autoeducación.” Este Hombre Nuevo en formación, el que hay que hacer simultáneamente con la base material para la construcción del comunismo que aspira el Che, es en parte un sujeto autodidacta, que intenta des-sujetarse, tomando conciencia de los residuos de la educación del sistema que se intenta desterrar que orienta al individuo al aislamiento.

Aunque no define esos valores que aspira recategorizar, afirma, en clara perspectiva gramsciana, que hay quienes los conocen: el grupo de vanguardia, ideológicamente

más avanzado; sobre el final mencionará que encabezando este camino “va Fidel, después, los mejores cuadros del partido, e inmediatamente, tan cerca que se siente su enorme fuerza, va el pueblo en su conjunto; sólida armazón de individualidades que caminan hacia un fin común; individuos que han alcanzado la conciencia de lo que es necesario hacer; hombres que luchan por salir del reino de la necesidad y entrar al de la libertad”. En concordancia con esto último, párrafos más arriba aconsejaba no “perder de vista la última y más importante ambición revolucionaria que es ver al hombre liberado de su enajenación”, podríamos afirmar entonces que ese hombre será el hombre nuevo.

La confianza en lograr esta empresa es total ya que “las grandes multitudes se van desarrollando, las nuevas ideas van alcanzando adecuado ímpetu en el seno de la sociedad, las posibilidades materiales de desarrollo integral de absolutamente todos sus miembros, hacen mucho mas fructífera la labor. El presente es de lucha; el futuro es nuestro. [...] Las nuevas generaciones vendrán libres del pecado original”. Pese a esa profunda convicción de triunfo advierte “Nuestra tarea consiste en impedir que la generación actual dislocada por conflictos, se pervierta y pervierta a las nuevas”. Consciente de que el proceso requiere tiempo, resalta el importante papel de la juventud “por ser la arcilla maleable con que se puede construir al hombre nuevo sin ninguna de las taras anteriores”, en sintonía concluye el texto afirmando “la arcilla fundamental de nuestra obra es la juventud; en ella depositaremos nuestra esperanza y la prepararemos para tomar de nuestras manos la bandera”. (Guevara, 1965).

El hombre nuevo es argentino

Esta propuesta fue tomada por las organizaciones político-militares argentinas, incluso por las peronistas. Estas ideas que podemos enmarcar en la concepción del Hombre Nuevo y los valores que con ella se proponen son evidentes en los testimonios y documentos de Montoneros. Allí encontramos coincidencias acerca de los valores que tenían mayor importancia en la organización, así como respecto de los que se intentaba desterrar.

“Se hablaba mucho de una expresión que es de San Pablo, y que la había revitalizado el Che Guevara, “El Hombre Nuevo”, se hablada del hombre nuevo y las características de este hombre nuevo eran por un lado el amor por la justicia, por el pueblo, ansia de liberación, es una palabra fuerte pero liberación tenía que ver justamente con la autodeterminación de nuestros pueblos, del pueblo como nación y del pueblo común y concreto como protagonista en la vida del país, justicia, fraternidad, había un fuerte componente, también, el desinterés, el desapego de los intereses materiales, hacer política era además de una acción prohibida, que estaba prohibida, era además una acción donde uno invertía los escasos fondos, o los mayores en algunos casos, fondos que tenían, hay [...] quienes han puesto bienes muy importantes” (Pochat, 2002).

Según esta concepción de nuevos hombres que se pretendían formar y conformar, se proponía una predica ejemplar, como afirma A.R.:

“no éramos hombres nuevos,- y mas allá de que intentábamos parecernos, desde luego que no lo éramos, porque el hombre nuevo necesita la práctica de hombre, de una sociedad distinta,-... mas allá de eso, ...peleábamos, digamos, por mantener esos valores, y a veces tenías que pelear contra vos mismo. Por eso te digo que no era una discusión de decir “bueno, a ver? Como hay que ser? Eso estaba implícito,

si no eras así no podías estar. [...]Si vos eras Montonero, tenías esos valores, y por supuesto lo tenías que demostrar todos los días.”

Y especialmente los rangos superiores debían dar el ejemplo, y como se deja ver en la cita anterior, estos valores y códigos ponderados responden a una propuesta integral de comportamiento y moral, que atañe a todos los aspectos de la vida, como también se deja en claro en el *Manual de Instrucción de las Milicias Montoneras*:

“Un militante revolucionario lo es en todos y cada uno de los actos de su vida.”
(*Manual de Instrucción de las Milicias Montoneras*)

Al proponer un estilo de vida, al intentar intervenir en la matriz de comportamiento y moral de los militantes, en esta propuesta integral, se incide en la estructura familiar. La propuesta es que: “En la edificación de la Nueva Argentina desde ahora mismo tenemos que ir construyendo familias nuevas, revolucionarias, en que todos compartan la vida y vicisitudes de esta guerra, que es del pueblo”. (*Evita Montonera*, 1976)

Y en esa “edificación”, al pretender transformar las familias, como núcleo básico social, se propicia un cambio de carácter macrosocial. Esto puede verse en volantes de propaganda pública, como el que se titula *El heroísmo y el individualismo en las guerras populares*, donde se destaca la cualidad de heroísmo de los revolucionarios, al que define como “el coraje de jugarse la vida detrás de una causa justa”, menciona también la resignación de deseos individuales “en función de la liberación de su patria y de su pueblo”, el entregar la vida misma, y el preferir la muerte antes que “la delación de los compañeros y la traición a la mas justa de las causas por las cuales pueda morir un hombre: LA LIBERACION”. Y continúa: “El heroísmo, como todos los valores que rigen nuestra conducta, surgen del objetivo final de nuestra lucha; esto es, la transformación de la sociedad capitalista eliminando todas sus injusticias y desigualdades para la creación de una sociedad nueva, justa, en la que no exista la explotación del hombre por el hombre, [...] la transformación del medio social nos permitirá transformar también al hombre, destinatario último de toda nuestra lucha [...]. Con las estructuras socio-económicas socialistas y con una educación socialista, crearemos el hombre nuevo. De éstos, nuestros objetivos, surge nuestra tabla de valores, nuestra ética revolucionaria. Se trata de la ética de la sociedad nueva y del hombre nuevo. Nosotros no esperamos a que se haya puesto en práctica esta nueva ética revolucionaria. Es más, si no empezáramos a ponerla en práctica desde hoy, con toda seguridad nunca llegaremos a producir la transformación de las estructuras socioeconómicas. [...] que la organización sea en su práctica cotidiana el germen de la sociedad que queremos construir.” (El heroísmo y el individualismo en las guerras populares)

Se pretende una sociedad nueva, distinta. Se propician valores que se supone llevarían a una organización social novedosa. Aún bajo los mejores augurios y la más esperanzada convicción, la realidad hacía suponer un mediano plazo – mínimamente- para poder concretar cambios perceptibles. En función de esto, esa nueva sociedad, ese Hombre Nuevo, si bien se intenta practicar desde la cotidianeidad del presente, se proyecta en un tiempo futuro, donde las nuevas generaciones serán las protagonistas. Así, como en los testimonios, distinto tipo de documentos develan la intención de proyectar en los niños, los pibes, y los hijos, la intención y justificación de la tarea que se emprendía.

Esta mención de los niños no es solo porque serán los “beneficiarios” del proyecto, quienes vivirán la nueva sociedad. Los niños aparecen reiteradamente como el “por qué” de la elección de vida y proyecto, o mejor dicho “para quién”. Pero también por ser ellos también quienes “padecen” la sociedad actual, quienes sufren las vicisitudes e injusticias del sistema reinante, como se nota en diversos documentos, siendo de esta forma además el “por quién”.

Conclusiones finales

Podemos concluir entonces que, los hombres y mujeres militantes de Montoneros, muchos de ellos padres y madres, jóvenes en su gran mayoría, experimentaron una novedosa organización social al interior de sus núcleos familiares y en la organización como núcleo mayor. Supieron establecer condiciones más igualitarias para todos, indistintamente del género u otras variables. Pusieron en marcha roles más equitativos para ambos miembros de la pareja, también en lo que respecta a las responsabilidades que los hijos implican. Casi de forma tendencial, ante el “fracaso” o “desarme” del proyecto que los aglutinaba, todo volvió “a la normalidad”, como si nunca hubieran podido superarse, como si los cambios y transformaciones propuestos y vivenciados solo los hubieran atravesado momentáneamente, sin dejar huellas, o solo dejándolas como recuerdos.

Al interior de la organización –no ya a nivel de pareja o familia- en general se vivió una igualdad de género, que en algunos contextos supuso un mayor esfuerzo para las mujeres por las diferencias biológicas y culturales que los cuerpos de hombres y mujeres llevan inscriptas, especialmente en la práctica militar. En ningún caso esas diferencias se vivieron como deficiencia o discapacidad, sino que se asumió y enfrentó esa realidad.

Solo en relación a los rangos y espacios de toma de decisiones, algunos recuerdan diferencias de género, al ser hegemonizados por hombres. Saber si esto respondía a una postura ideológica y/o a una subestimación de las capacidades de las militantes debería ser estudiado, como otras posibles explicaciones.

En última instancia, podemos afirmar que en la organización regía la igualdad de género y las relaciones equitativas. Pero, en definitiva, debemos recordar que estos militantes, por más revolucionarios que fueran, competían contra una tradición social en la que ellos mismos estaban inscriptos y, como sujetos sociales, sujetos a patrones de comportamiento y roles establecidos que muchas veces no son fácilmente reconocibles, sino que se entretajan en infinidad de elementos simbólicos que encuentran respaldo en instituciones sociales que los legitiman.

En relación a la responsabilidad materna y paterna respecto de los hijos, es preciso recordar que nuestra visión sobre ésta está teñida por nuestra experiencia actual. Debemos reconocer las transformaciones y los avances que a nivel global se han dado en relación a este tema. Ahora bien, situándonos en tiempo y espacio, podemos decir que los militantes de Montoneros -como también sucedió en otras organizaciones- revolucionaron la figura paterna. Se hicieron más cargo de su responsabilidad y su importancia en la crianza de los hijos. Los avances de la ciencia, especialmente de la psicología –y de ésta tenida en cuenta por la medicina- fomentaron estas transformaciones. Poco a poco, los hombres fueron abandonando esa actitud rígida y hostil a todo lo que pudiera relacionarse con lo “sentimental”, corrientemente asociado a la femineidad. Esta tendencia iniciada algunos años

antes fue de gran utilidad para dar lugar a la práctica de la equidad y la igualdad al interior de las parejas. Por supuesto, los casos personales, las circunstancias particulares, y la repetición de los patrones tradicionales en algunos momentos, no niegan las experiencias novedosas que se dieron, los comportamientos y relaciones que se logran establecer, al menos en ciertos períodos.

La práctica de socializar en todos los aspectos de la vida, propició esas relaciones más equitativas, desde la socialización de lo material hasta la socialización de cuestiones más simbólicas como roles y responsabilidades.

Claro está, no podemos pretender que algunos años fueran suficientes para desterrar aquello que se forjó durante siglos. Las marcas y ataduras que caracterizan a los sujetos sociales son difíciles de quitar. Un sector de una generación lo intentó, le dio cuerpo y realidad a un ideal, a un discurso. Si esto fuera una batalla simbólica, de lo nuevo contra lo viejo por decirlo sencillamente, podríamos afirmar la derrota de los retadores; pero prefiero pensar como Rubén Dri que aquella experiencia dejó el germen de la transformación, de la superación y de la igualdad como guía de todas las relaciones humanas. Quizás podamos encontrar en esta experiencia la semilla de algunas transformaciones que en la actualidad podemos evidenciar si comparamos la organización social de ciertos sectores y grupos, y el alcance de ciertos derechos por parte de algunas minorías. Por supuesto, estas son solo hipótesis que merecen y deben ser contrastadas con la realidad. (Diana, 1996: 401)

El nivel de adhesión a la organización y sus postulados responde a la apropiación que los militantes hicieron de los valores y modelos que ésta proponía. Bajo la concepción de construir un Hombre Nuevo y una sociedad nueva para él, los militantes encontraron un marco moral que les permitía no solo imaginar y proyectar ese ideal, sino intentar construirlo a partir de la práctica cotidiana. Hubo, en general, plena conciencia de que la idea era utópica y su concreción demandaría largo tiempo, pero que su encarnación en aquel presente era necesaria para alcanzar aquella meta, predicando con el ejemplo para contribuir a un modelo que debía moldearse en la cotidianeidad.

El retorno a la democracia significó para muchos que vivieron aquellos intentos transformadores en carne propia, un retroceso, una vuelta a foja cero, como si nada hubiera pasado en el medio. El sabor amargo de no haber alcanzado lo que se propusieron, ese proyecto de sociedad, se vuelve más doloroso para quienes pese a haber sentido que al interior de sus familias vivieron como “proto”-hombres nuevos, que sí intentaron ejemplificar con sus propias vidas la sociedad que pretendían para el conjunto, también se retornó a una situación acorde al orden hegemónico que intentaron cambiar.

Podemos señalar entonces que Montoneros, bajo la propuesta y concepción de un Hombre Nuevo y una sociedad nueva, como proyecto a alcanzar, como fin de la militancia integral que se asumía, permitió a los militantes, a partir de los valores que se promovían, experimentar relaciones sociales, y entre ellas relaciones de género, más igualitarias y equitativas, comparativamente hablando en relación a la sociedad argentina de aquella época. Ciertos aspectos de los mandatos sociales, del imaginario social y de las representaciones sociales que estructuran las subjetividades no lograron superarse, o reaparecían, volviendo a la tradición que se intentaba cambiar.

Los logros en las experiencias individuales parecen haber sido muchos y gratos. A niveles más macro podemos aceptar la hipótesis que sostiene que los tiempos no fueron suficientes para socializar esa experiencia, y hacer masiva la adscripción a esos valores que darían lugar a estructuras y prácticas sociales más igualitarias y equitativas.

Reconocer el poder de las marcas sociales que los sujetos llevan inscriptas en sus subjetividades es necesario si en algún momento pretendemos intervenir en la sociedad y sus relaciones. Tener conciencia de las amarras que la sociedad nos provee parece ser condición necesaria –y seguramente no suficiente- para quien quiera proponer *desujetar* a los sujetos sociales en cualquier proyecto de transformación social.

Referencias

“Normas de Seguridad y Funcionamiento”. (s/f). *Circular N°1 del C.T.N.E a la Agrupación*.

“Un Montonero no se entrega”. (1976, abril-mayo). *Evita Montonera*. Año 2 n°13

Amado, A. (2006) El orden de los cuerpos en los años 70. Entrevista a Pilar Calveiro. *Mora*. n°12.

D´Angiolillo, L. C. (Director y Guionista) y Maglie, G. (Guionista). (2007). *Norma Arrostito, la Gaby*. [dvd]. Argentina.

Diana, M. (1996). *Mujeres Guerrilleras. Sus testimonios en la militancia de los setenta*. Buenos Aires: Booket.

Donatello, L. M. (2010). *Catolicismo y Montoneros. Religión, política y desencanto*. Buenos Aires: Ed. Manantial. Págs. 99-116

El heroísmo y el individualismo en las guerras populares. (s/f)

Guevara, E. (1965) *El Socialismo y el Hombre en Cuba*, en Zea, L. (1986) *Ideas en torno de Latinoamérica*. México: UNAM. Versiones disponibles online, entre otras, <<http://www.jcecuador.org/biblioteca/EI%20socialismo.pdf>>

Guilli, M. y Vázquez, S. (2002) *El Hombre Nuevo. Ensayo sobre la transformación revolucionaria de la personalidad* Buenos Aires: Ediciones Sexta Tesis.

Manual de Instrucción de las Milicias Montoneras. (s/f)

Memoria Abierta (2002). *Testimonio de Cristina Muro*, Buenos Aires.

----- (2002). *Testimonio de Enrique Pochat*, Buenos Aires.

----- (2005). *Testimonio de Susana Brardinelli*, Bernal, Bs. As.

----- (2007/2008). *Testimonio de Graciela Iturraspe*, Mar del Plata, Bs. As.